







EL HIGH LIFE Y LAS «RAMAS DE APIO.»

---

**H**XTRAÑA manía de escritor, dirán algunos, es ésta de ocuparse tan asiduamente de nuestra clase pobre; de esas gentes miserables y abyectas que viven en medio de nosotros en estado casi salvaje. Ingrato tema es éste, máxime cuando en nuestro deseo ardiente de civilizarnos hemos alcanzado ya las mas altas conquistas, como la del «Jockey Club.» Hé aquí un asunto brillante, y que se presta á deslizar adrede en la crónica, algunos inglesismos para manifestar que el periodista



está en contacto tan íntimo con los ingleses (de nacimiento y no los suyos), que sin sentir suelta un «high life» por un «gran tono» y otros muchos por ese estilo. Y si á este chapurrado se agrega cierto amañamiento británico en el vestir; unos zapatos muy grandes, muy feos y muy puntiagudos, y unos pantalones muy angostos, muy altos y muy mal hechos y del casimir mas feo que se encuentre, no se necesita más para soñarse hijo de lord en Peralvillo.

Esta diversión de las carreras tiene sus ventajas grandes para todos; pero la principal es la de figurarse que está uno en Londres, lo cual es mucho en ese potrero tequesquitoso; y luego que los empleados de poco sueldo y los dependientes de tienda, pueden con sólo dos pesos tener un rato de «high life;» y ya se deja entender cuánto se halagará la vanidad de un pobre al codearse con los caballos de los ricos, al conocer y pronunciar familiarmente el nombre de una yegua, y contar las hazañas del animal á

las niñas, con un entusiasmo enteramente hipico.

En cuanto á las señoras, les resulta una ventaja grande. Ninguna es fea; ni siquiera



regular ó pasadera. Al través del polvo sutil del tequesquite, todas son astros y aparecen en las tribunas en forma de nebulosas, de pléyades, de constelaciones, de estrellas dobles y de satélites; y no así

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



como quiera, sino con sus nombres y apellidos. No importa que el cronista las conozca ó siquiera las vea: ellas tendrán los calificativos de divinas, lindísimas, elegantísimas y deslumbradoras en un periódico, y ésta es otra de las dulces ilusiones del «high life.»

Partidario del sistema de los contrastes, nos desprendemos de buen grado de esas tribunas que se llaman firmamento, donde no se necesita ni de la naturaleza para ser hermosa, ni de la sangre para ser inglés, y dirigimos nuestras miradas, ¡qué mal gusto! al pobre pueblo bajo de nuestra hermosa ciudad de los palacios y nos internamos en la casa de vecindad para escuchar lo que dicen esas gentes sin cronista.

Hablan dos mujeres de color magro y pelo erizo. Su epidermis ha perdido hace tiempo no sólo la frescura, sino sus condiciones fisiológicas, para convertirse en un pergamino seco, y medio barnizado por el uso. Pende del lugar donde debían tener la cintura algo que fué una enagua de lienzo,

y que actualmente tiene tantas partiduras como tuvo pliegues; de tal manera que al material aquél no son aplicables ya las medidas de superficie. Este desastre, á fuerza de ser familiar en esa clase, atrae sobre la propietaria un mote; pero no sobre la prenda, sino respecto á la persona; y como si en homenaje á la belleza, la plebe estuviera de acuerdo en que al abrigo de esos harapos no caben ni el sexo, ni la persona, le llama al conjunto todo de hilachas y mujer «rama de ápio.»

Con toda probabilidad esas enaguas no se han desprendido de la propietaria en algunos años, ni la propietaria ha tenido necesidad de hacerlo, puesto que, filárganos como son, le sirven de enagua de día y de colchón y de cobertor de noche. En su azarosa carrera, esa clase de prendas, en su primera época, se cosen, en la segunda se remiendan y en la tercera se anudan; porque las partiduras son tantas, que la tela ha llegado á asumir el aspecto de un gran fleco, y la mujer que se lo enreda en la cin-



tura la apariencia de una borla ambulante.

El deterioro de la tela en esas mujeres pasa del aniquilamiento á la evaporación, se acaba en la atmósfera sin quedar de ella más que algunos de los corpúsculos que flotan en un rayo de sol.

Quién sabe si al «high life» le parezca esto exagerado, ó cuando menos inconducente, ó indigno de narrarse, pero podemos asegurar formalmente á la «crème de la crème» de la alta sociedad, que esta «crème de la crème» de la miseria, influye de una manera poderosa en la calidad y la carestía del papel de las fábricas nacionales! Y hé aquí á la prensa y á toda la literatura de un pueblo, uniendo sus destinos á las «ramas de ápio» que se encargan de consumir ¡pobrecitas! no los desechos definitivamente inútiles, sino un artículo que en la moderna industria tiene una importancia colosal: «las hilachas.»

¿Podría llegar á imaginarse el «high life,» que las «ramas de ápio» han obligado á los fabricantes de papel mexicano á mandar

traer hilachas á Alemania? Pues así sucede, y este hecho prueba que por grande que sea la miseria en otras partes, las hilachas, lejos de consumirse por desprendimiento de moléculas hasta su total desaparición, alcanzan en vida los honores de convertirse en papel ministro.

Por qué existen las «ramas de ápio?» Es nuestra ciudad mas pobre que otras? No. En México no hay quien se muera de hambre como en Lóndres, ni el refinamiento del egoísmo, ni la falta de caridad han llegado al grado de presentar al mundo un excedente de población sin pan y sin hogar, que no cabe en ninguna parte.

Las «ramas de ápio» caben todavía en las pocilgas y comen y hasta se embriagan, lo cual es, en este caso, la esplendidez en la miseria.

«La rama de ápio» que logra envenenarse con el alcohol, se ríe y canta, y se deja arrastrar por un gendarme á un lugar que tiene piso, paredes y techo, donde no llueve ni entra el aire, no importa si se llama



la Chinche, Belem, ó el palacio de los pobres.

«La rama de ápio» supera á la gitana en independencia. No necesita de la ley, ni del sacramento. No tiene marido; tiene hombre.

—Dónde está tu hombre? pregunta una á la otra.

—En Belem otra vez, bendito sea Dios. Allí está mejor, no «quiere» trabajar, y «nomas» me pega; como que mira mi ojo: por nada me lo saca.

—Y qué haces ora?

—Pos «arrimada» con mi comadre.

«La rama de ápio» pues, se arrima, come, se embriaga y se enamora. No es precisamente la víctima expiatoria y forzosa de la miseria pública; no son las vicisitudes sociales las que la forman; es su degradación personal la que determina su manera de ser, forma una casta como los gitanos, y es esencialmente el producto de las malas costumbres. De manera que con sólo difundir el sentimiento del decoro en la última clase

social se extinguiría esta escoria, mengua de cualquiera sociedad civilizada.

Sucede en toda sociedad que los gremios ó clases sociales no permanecen estacionarios, sino que obedecen á un movimiento de repercusión, de clase en clase, como las olas.

La relajación del principio moral, engendra un encanallamiento que se repercute de clase en clase, no porque se corrompan todas las masas en conjunto, porque eso nunca sucede, sino porque cada una de ellas da un contingente parcial á la que sigue, y ésta á la inferior hasta producir la escoria social, cuyo incremento estará siempre en razón directa de la moralidad de la clase predominante.

Y lo notable en toda decadencia social es que, como la humanidad no llega nunca á perder la intuición de lo bueno y de lo justo, cuando las clases buscan simultáneamente, y por medio de ese instinto, la disculpa de sus faltas, cada uno se encuentra mejor que las de la clase inferior que le sigue, y no se inculpa de haberse contagiado en la



superior, sino se envanece de no haber llegado á la inferior y mas abyecta.

Por eso la clase que se conoce con el nombre de «pelados,» ha encontrado para la escoria social el mote de «ramas de ápio» y mientras exista ese término de comparación que le es propicio, el pelado no podrá mejorarse por sí mismo.

No nos cansaremos pues de insistir en que la filosofía de la enseñanza en México, debe hacer solidarios á los maestros de escuela y á la policía, en el difícil y trascendental problema de la educación del pueblo.







#### EL AHORRO Y LA ECONOMÍA.

---

**H**ACE algunos años que en mi constante estudio y observación respecto á las condiciones y modo de vivir de nuestras clases proletarias, descubrí que la causa principal de la postración é incuria en que se encuentran viene de la falta absoluta de un plan filosófico de educación del pueblo. En la série de mis artículos ligeros sobre asuntos trascendentales, me he ocupado preferentemente de las cuestiones que mas inmediatamente atañen al mejoramiento de nuestras clases pobres; su desaseo y abandono me han sugerido algu-



nas ideas sobre la higiene: y aún con la profunda convicción de lo desautorizado y débil de mi voz, he abogado por el establecimiento de baños y lavaderos gratuitos para los pobres; su falta de decoro personal y de respeto al público me han obligado á llamar la atención, ya de nuestra corporación municipal, ya de nuestra junta de instrucción pública, á fin de que, de acuerdo con el principio reformador y educador que debe normar los actos de esos cuerpos colegiados, se dictaran medidas acertadas, en armonía con el espíritu de mejoramiento y de progreso, tan característico en las sociedades modernas.

En los cortos límites, ya no sólo de mi capacidad sino en los del artículo de periódico, he procurado tocar una por una todas las cuestiones sociales, con las observaciones, comentarios, sugerencias, é ideas mas adecuadas á cada asunto.

—No ha de conseguir usted nada, me dicen, con la mas profunda convicción, muchos de los que me leen, usted tiene razón

de sobra. Todo lo que usted dice son verdades innegables y manifiestas, claras como la luz del día; pero no le han de hacer á usted caso, porque el mal no está en los que deben aprender, sino en aquéllos á quienes les toca enseñar; y más le valiera á usted emprender descomunal batalla contra molinos de viento ó contra pellejos de vino, que pretender sembrar una sola semilla nueva en corporaciones municipales que van y vienen, como la ardilla en su jaula cilíndrica de trescientos sesenta y cinco días dando las mismas vueltas y comiendo las mismas nueces.

En efecto; tienen tanta razón los que así desesperan del remedio, como yo la tengo insistiendo en él. Y harto habituado estoy, como hijo nato y de antaño vecindado en esta dichosa capital, á todos los despilfarros y gollerías, así privadas como municipales y administrativas, que para algo he de haber nacido en este país de bendición.

Ya no me sorprende, como debiera ver caballeros con un brillante de á mil pesos



en un dedo, sin tener sillas en su casa; ni ayuntamientos sentados á la mesa en un banquete espléndido, mientras el vecindario á su alrededor se tapa las narices. Ni si en sesión se trata en vez de caños, de letrinas y de higiene, de inventar monumentos á los Reyes Católicos, no; nada de eso mesorprende, en fuerza de verlo todos los días; pero no por eso dejo ni mi tema ni mis propósitos.

Suelen llegar á mis manos y al conocimiento de los lectores de este periódico, algunos trabajos de hombres pensadores que me proporcionan la satisfacción de ver corroborados mis asertos y autorizadas mis teorías y mis principios, emitidos á propósito de ciertas cuestiones: tales son por ejemplo: un notable artículo del Dr. Morim sobre el aseo, su importancia y su extensión, premiado y publicado con gran éxito por la Sociedad francesa de higiene; y posteriormente una conferencia sobre el ahorro por Mr. Laurent tenida en la Escuela normal de profesores de París.

Aquéllos de mis lectores que hayan visto

en estos últimos días el concienzudo y minucioso trabajo de Mr. Laurent, pueden haber recordado que en algunos de mis artículos ligeros he tocado precisamente la cuestión del ahorro, á propósito del deplorable estado de abandono de nuestras clases proletarias; y considerando el ahorro y la economía como la base mas segura del bienestar social y de la moralidad pública.

A ningún pueblo le conviene tanto como al nuestro la aplicación de esos sanos y fecundos principios de la ciencia educativa moderna. Ningún pueblo de la tierra necesita más del ahorro y la economía, como base de su educación civil, moral y política, como el nuestro, en el que, el despilfarro, la prodigalidad, la vanidad y el lujo norman las acciones, tanto del lépero que no tiene segunda camisa y lleva un sombrero plateado que vale veinte pesos, como del petimetre que lleva brillantes en la camisa y come en su casa con los dedos; tanto de la polla que se viste como duquesa, á trueque de todo género de comodidades do-



mésicas y hasta de su nutrición, como del Ayuntamiento que embaldosa un día con mármol, y abandona diez años el empedrado, que dá banquetes á los extranjeros, y no alberga á los infelices que no tienen donde dormir.

A ningún pueblo, repito, le convienen más las máximas de ahorro y economía que á este nuestro, destinado á presentar al observador los risibles contrastes del «high life» junto á la mas desarrapada é inmunda plebe; «á la crême de la crême» de la Reforma envuelta en nubes de polvo ante las cuales el poder municipal es impotente; á las estatuas de los paseos públicos como padrón de ignominia, en fuerza de la incuria que se observa en todo y por todas partes; á las fuentes públicas secas, áridas y polvosas dentro de la cuenca del valle, rodeada de agua por todas partes; á los árboles de las calzadas enfermizos y moribundos, en medio de las apremiantes necesidades de la higiene y de la voraz destrucción de nuestros arbolados vecinos; á la inmunda cloaca

ó hacinamiento de petates y basura que pomposamente llamamos «mercado,» junto al palacio de los supremos poderes de la nación, y finalmente al rico, preponderante y próspero negocio de la usura en todas sus manifestaciones, y del juego en todas sus variedades, levantado en medio y á costa de la miseria pública y del malestar y ruína de las clases menesterosas.

En el estudio de Mr. Laurent sobre el ahorro, acabado de publicar, se encuentran los mismos principios que desde el año de 1870 propuse como base de la primera educación, en mi estudio social sobre nuestras costumbres, contenido en mi novela *Chucho el Ninfo*. Posteriormente he venido sosteniendo que la falta absoluta de esos dos grandes principios, «ahorro y economía,» imprime el carácter á nuestra sociedad, y viene reflejándose desde el niño pobre que rompe un juguete costoso sin encontrar freno á sus deseos, hasta los gobiernos que no acaban de resolver el difícil problema administrativo.



Mr. Laurent considera el ahorro, y con mucha razón, de una importancia trascendentalísima en la formación de las sociedades. Cuando se logra inculcar en el niño la idea del ahorro, y más, cuando se consigue que el niño lo practique, se han hecho dos grandes conquistas sobre su moral y su inteligencia, y respecto á su porvenir. Sobre su moral y su inteligencia, porque se le ha dado una clave preciosa que vale más que todos los placeres de la infancia; se le ha hecho dueño de sí mismo enseñándole á moderar sus deseos; se le ha hecho capaz del sacrificio, preparándolo para que mas tarde lo haga cuando necesite moderar sus pasiones. Se ha hecho una gran conquista respecto á su porvenir, porque el ahorro y la economía no sólo son la base segura del bienestar y de la riqueza, sinó del orden y de las buenas costumbres.

El ahorro que se dirige á la formación de una propiedad, de un capital ó de una fortuna, aumenta el interés y aviva el estímulo del trabajo; porque el ahorro representa no

sólo una esperanza, sinó una segunda recompensa. De manera que mientras el haber dilapidado es el pan de cada día, sujeto á todo género de cambios y vicisitudes, el ahorro es el pago doble del trabajo y tal vez un gran consuelo en la mayor y mas imprevista de las desgracias.

Bajo otro punto de vista, el ahorro, que encierra un plazo y el plazo un más allá risueño, forma una base en que se apoyan la constancia y el orden.

El estado primitivo fué la tribu salvaje; mejorando el hombre tuvo el rebaño; dió un paso más y tuvo la choza; pero cuando sembró, amó la tierra y el hombre se redimió por el amor y por el trabajo.

En nuestra edad el bandolero es todavía el salvaje de aquella tribu; no posee nada, y roba para esconderse. La vida, la patria y la sociedad, tienen más atractivos para el que más posee; quiere decir que la familia y la patria se forman con la posesión.

No hay el mismo fondo de ternura, de amor y de virtud en el que ha conseguido



tener un hogar suyo, que el trashumante que pasa la vida donde puede, y como puede, sujeto á todas las eventualidades.

Es mas común ver correr á las armas á los padres de familia en una guerra extranjera, que á los moradores de los cafés y los garitos.

Con el ahorro se conjura el hastío del trabajo, aún del trabajo mal retribuído, puesto que la retribución es susceptible de cubrir las necesidades del presente y preparar el porvenir. El ahorro es el sistema diametralmente opuesto á la usura, al préstamo y á la hipoteca; es la gota de agua que forma la estalactita; es el capital que se reproduce y crece por sí mismo.

Esta sociedad que se empeña, para no ser pobre, en enriquecer á otros en vez de enriquecerse á sí misma; esta generación que empeña y que juega, regalando al agiotista y al tahir lo que no puede guardar, no prosperará jamás por ese camino; se hundirá en la ruína y en la miseria, para que le suceda otra generación mas raquítica y mas

viciosa, hasta la total desaparición de nuestra raza.

Esta capital, emporio de los empeños, de las loterías y de los garitos, se irá extinguiendo lentamente por la formidable sangría de esos tres mónstruos; mientras la colonia extranjera, apoyada en los dos grandes principios de ahorro y economía, irá tomando pacífica, merecida y legal posesión de todos nuestros bienes y de todo nuestro territorio.

La única defensa posible de la generación que nos suceda, contra las adversidades seguras del porvenir, es que nosotros modifiquemos lo que se llama el carácter nacional, dándole por bases en vez del despilfarro y la falta de cálculo, «el ahorro y la economía.»

